

M. R. Tornadijo

De la Utopía

TRILOGÍA 3



“ Dejadme oír el sonido del silencio,
y con esa música haremos revoluciones
allí donde los lirios del campo
no trabajan ni hilan.

”

M. R. Tornadijo

DE LA UTOPIÍA

TRILOGÍA 3

Primera edición: 2014

© Miguel Ramos Tornadijo
www.tornadijo.com
tornadijo@tornadijo.com

© Edita: Newline Gabinete de Prensa y Comunicación, S.L.
Madrid: Lope de Rueda, 21 (CP 28009)

Barcelona: Oriente, 78-82 (CP 08172 Sant Cugat del Vallès)

Diseño gráfico: Estudi Guillem Vidal

Depósito Legal: B. 27716-2013

Impresión: Advantia

ISBN: 978-84-933049-8-0

© Portada: Fotografía de M. R. Tornadijo en la cabaña de Pichlern,
Bad Goisern (Austria) 2010

Printed in Spain – Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros modelos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

“Ser hombre significa tener una utopía”

Ernst Bloch
en JM^a Cabodevilla ‘Feria de Utopías’

LA CONFRONTACIÓN

De la confrontación de uno mismo
con su fracaso
nace y crece
el deseo de ser distinto,
el ansia de ser otro en el Futuro
o simplemente que el Futuro sea otro.

Nos hemos levantado este día,
como ayer,
sabiéndonos difamados,
engañados,
víctimas de una ensoñación que creíamos nos pertenecía
pero que, sin embargo, vemos que no llega
por culpa de miles de argumentos ajenos.

¡Argumentación!

Ese es el sustantivo del Presente
que justifica la espera;
el que aguardemos otro momento propicio
que no es el de ahora mismo,
este instante,
ni pudo ser ayer
o la semana pasada
o aquel año en que debimos ser distintos.

¡Argumentación!

Es esa realidad que se impone,
el realismo cierto,

certidumbre genérica, histórica, económica
que, cual sillares de la memoria comparada,
no levanta sino sepulta
nuestro templo interior
en la confluencia del Demonio.

¡No es *fundamentalismo* esto!
¡Es Argumentación para ser otro
y no yo!

Es complejo mentar al Demonio cuando hablamos de utopía.
Pero es que lo maligno
se halla en la base de la utopía
porque sencillamente es el sillar
del ser-no-uno-mismo.

La utopía anida el deseo-de-ser
de otra manera,
en otro contexto,
quizá en otro lugar,
con otras personas,
haciendo nuevas obras.

Se busca en la utopía la felicidad-de-ser,
que es lo mismo que reconocerse fracasado-ya-siendo.

LA DEBILIDAD DE SER

La dialéctica del fracaso
creo que está unida
al sentimiento débil de uno mismo.

No nos reconocemos débiles
–¡nos cuesta tanto!–,
sino que nos reconocemos distintos.
Y esa diferencia respecto a los demás,
ese reconocimiento de ser distintos,
de no saber ser nosotros,
cava el primer sillar de la indolencia,
que es la soberbia,
tan inspirada por lo maligno.

Buscamos ser otro
para no enfrentarnos a nuestra complejidad
de seres en libertad;
es decir, para crear un nuevo ‘aparato’
escénico o emocional
que permita reconducir nuestra libertad
creyéndonos que somos otro,
cuando en esencia seguimos siendo
tú
y yo.

La utopía de un mundo mejor
es reguero del Maligno en toda su extensión
al imprimir el fracaso en el mundo interior.

EL VÍNCULO COLECTIVO

El Maligno nos ofrece la esperanza
en un mundo incierto.
Es un ideal aparentemente construido
o en construcción.

La comunidad, efectivamente, nos hace más fuertes.
Vivimos juntos, compartimos detalles juntos,
acordamos las normas juntos
y juntos pensamos que interiormente somos mejores.

Aquí, la 'perfección', la 'vida mejorada'
se construye sabiéndose mejor individuo en una mejor sociedad.

Quizá busquemos la igualdad en ese otro mundo
avanzado,
o, al contrario, nos sabemos
avanzados juntos;
aunque acaso a ritmo diferente,
siguiendo el pensamiento, el compromiso,
sencillamente el ejemplo
de un guía espiritual
cuya verosimilitud aquí no se juzga.

El sueño de esa sociedad mejorada,
y yo allí participando de ella,
protagonista de ella,
va creciendo poco a poco
en nuestro paisaje arcádico

gobernado por la aparente
pureza, armonía y virtud.

Este sueño vivido
se alimenta con la costumbre, con los detalles;
pero también con el desprecio a todo aquello que fue,
que existió en nosotros o con nosotros antes:
primer sillar de soberbia ante el Pasado.

Rasgamos así el círculo.
Porque nos negamos a nosotros mismos
y probablemente no apreciamos
todo aquello que fuimos antes.

Por la soberbia pensamos ya
que vivimos o estamos más cerca
de los Campos Elíseos,
de la Isla de los Bienaventurados.
En el Palacio de Odín conseguiremos
el eterno reposo a nuestra valía moral.
En la Isla de los Lotófagos comeremos flores de loto
para perder todo deseo.
En nuestra Atlántida reinará siempre la paz
y proyectaremos los recuerdos para sabernos mejores...

LA ARCADIA PRÓXIMA

Hay en esta Arcadia utópica
la renuncia constante al Pasado y al Presente,
pues la utopía, aunque próxima, aún no es total.

Renunciamos a reconstruirnos
aquí y ahora
reconociendo o no
el fracaso de nuestra regeneración
y dando pábulo a nuestra debilidad,
tan afortunada para el Maligno.

La diosa Fortuna nunca aparece en Presente
y por ella sacrificamos nuestra individualidad
pensando en Futuro.

Nuestra Arcadia
podría ser un retiro rural
o un abandono bucólico
o un sentimiento de liberación de este mundo
que nos ata tanto,
que ata nuestros sentidos,
nuestra realidad,
¡cuando podríamos ser y estar de otra manera!

Y, en ese esfuerzo, recreamos
el Edén,
donde ya estuvimos y fuimos

antes de que el Árbol del Conocimiento
nos contagiara la soberbia.

Conocimiento soberbio,
primer sillar del Oráculo de Utopía,
semilla podrida para ser-como-dioses,
para ser humanos libres en la insensatez.

Y así levantamos Babilonia
y la Torre de Babel se erigió entre nosotros.

QUÉ HACER EN LA ETERNIDAD

Debió de ser aburrido el Paraíso
para que el hombre se inclinara a la soberbia
y empezara a pensar en sí mismo.

Algún inicio hubo del hombre fuera del Hombre.

Y algún inicio tuvo la soberbia dentro del hombre.

El inocente equilibrio de los sentidos
claudicó
ante el inicio espontáneo de la novedad,
que luego llamamos 'mundus'
o 'noticias'
o 'dinamismo'
de uno mismo ante lo otro,
externo en realidad a nuestra naturaleza esencial.

¡Qué hacer durante toda la eternidad, sí!
Aburridos de ir desnudos
sin mirarnos a espejo alguno;
aburridos de vagar por un Parnaso sin fronteras,
sin límites que gobernar,
sin petróleo por el que pelear,
sin otros cuerpos que desear
ni algún sentido por el que engañar.

¡Qué aburridos la risa que nunca cesa,
el tiempo que no se cuenta,
esa arpa dormidera que nunca acaba de sonar!

¡La Libertad era todo lo contrario!
Por eso fue la Libertad
el inicio de la soberbia dentro del hombre.

Fuente de toda juventud...
cuando no se necesitaba ser joven;
anhelo de felicidad eterna...
cuando nadie se preguntaba qué era ser feliz;
imitación de Cristo o de Buda o de Mahoma...
cuando tampoco los profetas existían;
conquista del nirvana...
cuando el individuo aún no precisaba ser un iluminado;
aplacamiento de los deseos...
cuando el sufrimiento no se padecía;
observancia de los ritos...
cuando el cuerpo, el alma y el espíritu no conocían diferencias.

Y así, ballesta tras ballesta,
el cupido amor de uno-mismo-aquí
fue asaetado de necesidades
insaciables, infinitas.

LOS REGÍMENES DE LA VIRTUD

Tuvimos entonces los hombres
que incorporar a nuestra naturaleza
la experiencia de dilucidar
entre tantas necesidades.

Necesidades ociosas,
de eficiencia,
económicas,
culturales,
estéticas,
corporales,
rituales,
individuales y colectivas...
alistándolas todas a nuestra forma de ser.

Al dejar de ‘estar gobernados’
por Él,
debimos inventarnos el gobierno
de las cosas y de nosotros.

Y lo mismo con todo aquello fruto de nuestra invención.
Y esto de generación en generación.

Así han transcurrido muchos siglos,
buscando los hombres regímenes de virtud.

Al punto que a la primera utopía de la Libertad
han seguido tantísimas otras utopías libres
que, al final, Utopía resume hoy
lo sencillamente inalcanzable.

¡Qué tristeza reconocerse en el fracaso
por los siglos de los siglos!

Hemos querido ser otra naturaleza,
otros seres con otros ideales,
otros cuerpos con otras vestimentas,
otros ciudadanos de una Babel irreconocible...
con el resultado de no saber quiénes somos.

¿Y QUIÉNES SOMOS?

Si yo lo supiera,
no andaría ahora escribiendo todo esto
buscándome a mi mismo en el Otro.

Ser para no-ser
es un diagrama en el que no hay figuras.

Si entendemos que no somos nada
para serlo todo,
creo que es más fácil proseguir.

Si no somos nada
y hemos tirado a la basura la soberbia
nos hemos desprendido de un primer ego,
que es maligno
y constante tentación.

Es muy probable que no tengamos la fortaleza bastante
para tornar aquí a ser inocentes.
Me refiero a un estado de inocencia como pre-natal,
que tampoco.

Con la conciencia-de-ser
nos preguntamos quiénes somos
en verdad;
y nos sabemos ser mucho más
de lo que vemos en el espejo.

Así que lo que vemos
no es lo que vemos,
sino nuestras potencias
activas o pasivas,
eso otro que en verdad también somos.

Y como somos más de lo que nos vemos,
nuestro ideal de existencia no es lo que vemos.

En ese somos
que no vemos
ni veremos jamás
hay Felicidad.

Si la Felicidad existe en nosotros
pero fuera de nosotros,
¿qué es entonces lo que nos acerca
conscientemente
a ella?

Yo creo que es el Amor.

Porque el Amor
trasciende de mi allá
donde quiera que sea,
con quien quiera que sea,
de la manera que sea.

Pienso que es el estado amoroso
lo que, sin ser neutro,
nos vacía y nos llena al mismo tiempo.

Esta búsqueda,
la persistencia en pos del estado amoroso,
consigue la Utopía-de-uno-mismo
sobre-sí-mismo.